

CIRO ALEGRIA

Recuerdos de una hija

Cecilia Alegría Varona

El 17 de febrero de 1967 murió en Chacacayo **Ciro Alegría**, uno de los más importantes escritores peruanos de todos los tiempos. Un testimonio de su hija Cecilia nos trae a la persona detrás del personaje.

Cuando mis colegas periodistas me preguntan qué recuerdos tengo de mi padre, generalmente redundo en anécdotas de infancia que, más que responder a un sesudo ejercicio de memoria, forman parte de las evocaciones de mi madre editora y de los aspectos de la vida íntima del escritor que él mismo se encargó de redactar para la posteridad y que ella afanosamente se ocupó de publicar.

Pero recuerdos tengo, claro está. A pesar de que sólo contaba con 8 años de edad cuando mi padre falleció.

Los momentos que aquí se evocan fueron inusuales y breves. Tal vez demasiado pocos para mi gran apatencia afectiva infantil.

Los fines de semana, mis hermanos y yo descubríamos a un padre prácticamente inexplorado que se daba a querer en la cordadad de su entrega emotiva. Tendido sobre un poncho en nuestro jardín, retozaba, reía y jugueteaba como un niño más del grupo. Aunque su voz no fuera de lo más entonada, nos deleitaba escucharlo cantar esas coplas cargadas de los aires de su amada tierra peruana que nos enorgullecía de nuestra música.

Del río Rímac y la pesca dominguera

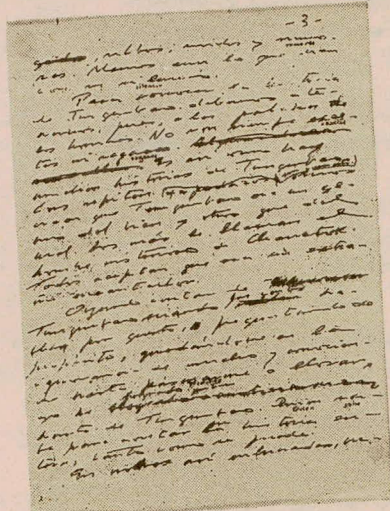
En nuestros paseos dominicales al río, donde fingía pescar, su hablar susurrante nos mecía con cuentos de costa, sierra y selva, extraídos de su propio caudal literario.

Me pregunto si fue debido a toda esta carga paterna de "adoctrinamiento peruano" que cuando me presenté por primera vez ante un gran auditorio, con sólo 5 años de edad, canté la bella composición de Alicia Maguñá que nos habla de cómo la luz se hizo sombra y nació el indio... En vez de entonar rondas infantiles... yo ya sabía de la fuerza de "El indio" que algún día sería "otra vez montaña"...

A mis hermanos y a mí nos resultaba sumamente divertido verlo fabricar las cañas con bambúes y los anzuelos con alfileres. Se reía y armaba su propio show simulando que los peces picaban y que luego se marchaban, huyendo, porque nosotros los asustábamos.

La madrugada en que murió, mi madre encontró en un bolsillo de su saco tres cajitas de lentejas de chocolate... El sabía que estaba muy poco tiempo con nosotros, le dolía en el alma no poder permanecer a nuestro lado para vernos crecer, por eso quería endulzarnos la vida con chocolates y juguetes, con signos materiales de su afecto generalmente callado.

A mí me mimaba en exceso. En realidad, como yo era la niña de sus ojos, sólo necesitaba apelar a la pataleta, el berrinche o las lágrimas de cocodrilo para lograr de mi padre todo lo que me propusiera y que sabía, por cierto, no conseguiría jamás de mi madre.



Manuscrito de Ciró Alegría.

Una vida peruana

Ciró Alegría (1909-1967) nació en una hacienda de la provincia de Huamachuco. Recibió de su padre, José Alegría Lynch, una educación liberal y progresista en medio de la vida feudal de los fundos del interior del departamento de La Libertad. La vida de las comunidades, las condiciones de trabajo en los fundos, la geografía de la zona, influyeron en su formación espiritual. El indio, el colono, el campesino, son personajes-tipo de su obra. Su madre, María Bazán, influye también en la formación espiritual de su hijo y a ella, Alegría lee sus primeros trabajos.

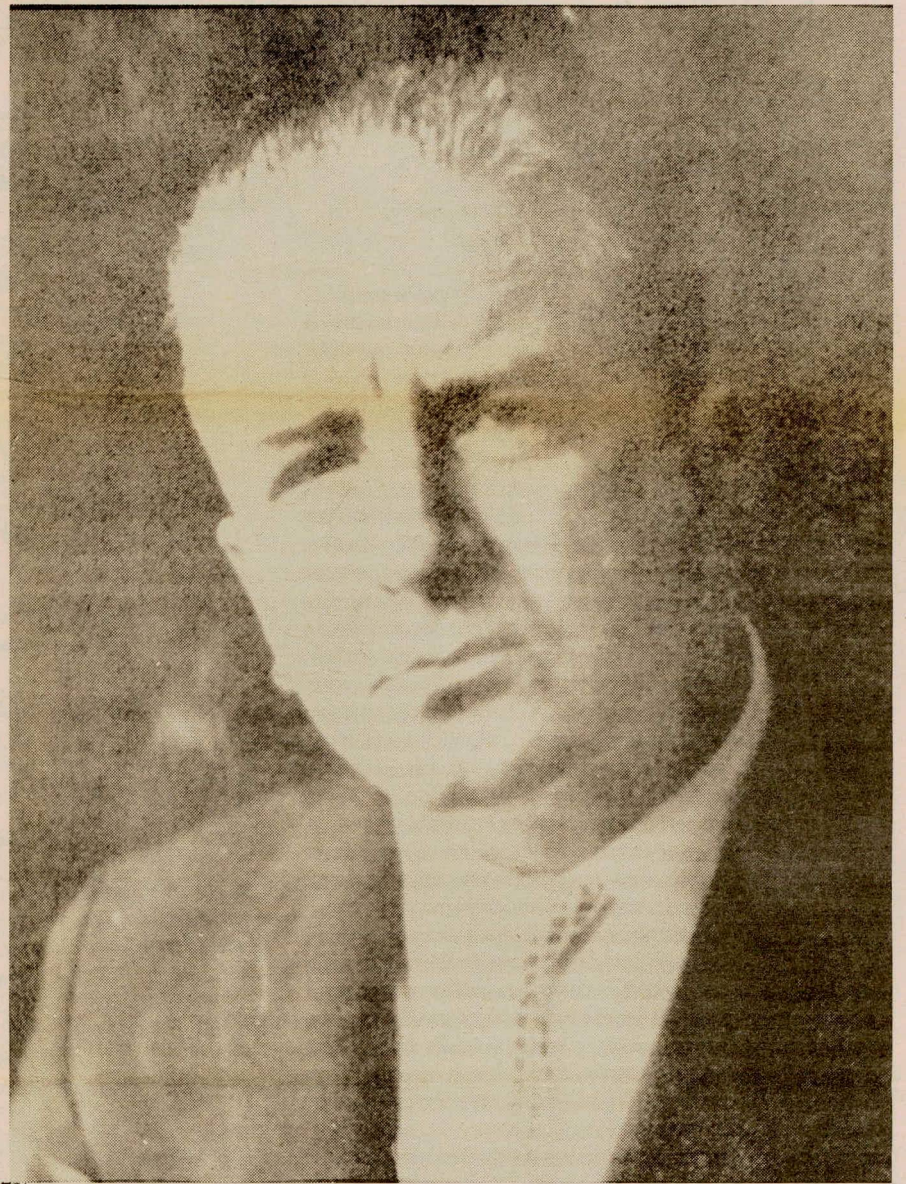
Alegría es una de las figuras fundamentales de la narrativa hispanoamericana gracias a sus tres grandes novelas: "El Mundo es Ancho y Ajeno", "La Serpiente de Oro" y "Los Perros Hambrientos". Sus obras están traducidas a varios idiomas, incluyendo el chino. El título de sus memorias fue "Mucha suerte con hartó palo".

- "Ciró, no la consentas más, por favor, la vas a malcriar"... recuerdo que mamá le decía una y otra vez sin la más mínima posibilidad de ser escuchada.

Se me antojaba una caja de bombones, me la traía... quería que me comprara una muñeca nueva y me complacía... En mi adolescencia llegué a pensar algunas veces que Dios sabe por qué hace las cosas y que realmente hizo bien en llevarse a mi padre porque de haber seguido vivo, y "maleducándome" como solía, yo hubiera terminado siendo una mujer egoísta, orgullosa y envanecida, sencillamente insoportable.

"Si te nace mujer la echo al río"

Aunque de su primer matrimonio, Ciró Ale-



Ciró Alegría (Foto tomada de «Literatura peruana».Ediciones Peisa).

gría Bazán tenía ya dos hijos varones, Cirito y Alonso, no le hacía ninguna gracia pensar que en el tercero tuviera que llegarle una niña.

Más aún, había insistido durante todo el embarazo de mi madre en que prefería un hombrecito. Se divertía repitiendo una amenaza al estilo serrano, "si te nace mujer la echo al río", que a Dora Varona no le parecía en lo más mínimo simpática. "Me hacía sufrir la idea de defraudarlo", nos confiesa ella en la biografía.

Un 23 de diciembre, en Santiago de Cuba, en plena revolución, con bombardeo incluido, recibió de parte de un familiar la gran noticia: "¡Es una niña!". Ciró se desplomó sobre el asiento y se quedó en la misma posición, frío, distante, ensimismado por un buen rato. Cuando entró a la habitación, lo hizo como quien pisa un santuario por primera vez. Cuenta mamá que me observó largamente en silencio y ella le reclamó con suavidad: "Di algo, es tu hija"... Tiernamente respondió: "Es preciosa. Tiene tus ojos, tu nariz y mi boca".

Sin comentar más salió apurado de la habitación. Una hora después se apareció con un gran ramo de rosas rojas y blancas, que nadie se explicaba de dónde sacó, dada la situación del país. Las puso en una mesita que estaba a la cabecera de la cuna, y me dijo emocionado:

"Estas rosas tienen los colores de la bandera de tu patria, el Perú. Son para ti, peruanita".

Del cariño y la soledad

La tarde anterior a su muerte fuimos todos juntos al dentista. Llegamos a Chacacayo a las nueve de la noche. En actitud bastante inusual, papá no quiso que mamá nos llevara a la cama sino que nos dejara dormidos en el sofá de la sala para tenernos cerca. "Casi no

veo a mis hijos, pobrecitos", dijo y se sentó en su sillón. Yo desperté y corrí a acurrucarme sobre sus piernas. Cuando terminó de comer sentado frente al televisor, mamá insistió en que era muy tarde ya. Nos despedimos de papá adormilados. Ante cada hijo esbozó dulces palabras, sin saber que serían las finales. "Esta cholita es la única mujer en el mundo que se ha dado el lujo de negarme un beso", susurró mientras me le escabullía. Atrajo a Ciró Benjamín y lo besó en la frente mientras le encargaba a mi madre: "A éste cuidalo mucho, porque es al que más lo va a fregar la vida, porque se parece demasiado a mí". Cuando miró a Gonzalo, el menor, sonrió orgulloso: "Este Ñatito es un vivazo y se va a meter la vida en un bolsillo"...

Poco antes de expirar, la madrugada del 17 de febrero de 1967, Ciró Alegría pidió perdón a su mujer y a Dios, rogó al médico que lo atendía que por favor solicitara en su nombre al Presidente Belaunde que ayudara a su mujer embarazada y a sus hijos pues él no les dejaba nada... y de pronto, incorporándose, con los ojos desmesuradamente abiertos, iluminados por la presencia de alguien a quien sólo él veía, gimió roncamente:

"¡Madre, desde que tú te fuiste, cuánta soledad!"

Ciró Alegría no fue poeta. Sin embargo, escribió unos cuantos versos. En "Apología de la soledad" descubre lo que fue la esencia de su atormentada vida: "Soledad que eres patria de los fuertes, besadora implacable de mis sueños..."

Fue Ciró Alegría un hombre solitario y frágil, fuerte y débil a la vez, "sobreviviente de muchas muertes, no sólo físicas sino también anímicas".

Hoy, después de 29 años, nos consta que su memoria y su obra no sólo han sobrevivido a la tiranía del tiempo, sino que son inmortales. ♦